

ALBERTO FUGUET
TRÁNSITOS
Una cartografía literaria

Selección, montaje y edición de Alejandro Aliaga



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

*

La ciudad y la memoria.

Leo *City of Quartz*, uno de los tantos libros del lúcido y alucinado Mike Davis acerca de su ciudad, Los Angeles, la ciudad donde hay tanto sol que las sombras se vuelven más oscuras: de ahí el filme noir. LA, ciudad de Chandler, de Didion, de Bukowski y Fante, de Ellroy, de Easton Ellis.

ELEI, la ciudad de *Blade Runner*, de *Como plaga de langostas*.

Pensando, en rigor, en SCL y en Kulczewski y en el documental “that got away” y que debería recuperar, echando de menos Santiago y pensando en por qué siempre escribo de Santiago y me topo con el libro de Davis y todo me queda más claro.

*

“The superficial inducement, the exotic, the picturesque has an effect only on the foreigner. To portray a city, a native must have other, deeper motives—motives of one who travels into the past instead of into the distance. A native’s book about his city will always be related to memoirs; the writer has not spent his childhood in vain”. Walter Benjamin.

Cierto, recierto... la pura verdad: puta, los libros en el fondo son postales del lugar en donde estabas en el camino, cartas desde ese otro yo que fuiste. Quizás por eso me cuesta tanto leer mis libros viejos, por eso no los leo, por eso siento que los escribió otro. Además, en mi caso, sucede que no me acuerdo que escribí eso. ¿Quizás fue el personaje?

*

Pitol, un escritor que una vez leí y no me interesó. No hubo química, no enganchamos. Un libro de cuentos. No pasó nada. No me

pasó nada. Pero luego, en un aeropuerto, el Benito Juárez del DF, rumbo a Mérida (no sé por qué iba a Mérida: estaba en DF, de vuelta de una FIL, y vi que se podía ir a Mérida, ir a Yucatán sin tener que ir a Cancún o Playa del Carmen), antes de abordar, veo una sucursal de la famosa librería Gandhi. En ella un libro de Sergio Pitol. *El arte de la fuga*. Me intriga. Lo hojeo. Me topo, digamos, con esto (no es verdad, pero quizás sí lo es; me gustaría que fuera cierto) y empieza la amistad, la complicidad, la veneración:

 Escribir en el mismo espacio en que uno vive, equivalió durante casi toda su vida a cometer un acto obsceno en un lugar sagrado. Pero eso es anecdótico. Lo que da por seguro es que esa inmersión en la inmundicia que caracterizó su confrontación, a fines de la adolescencia, con la palabra, impresa la suya, ha condicionado la forma más personal, más secreta, más ajena a la voluntad, de su escritura, y ha hecho de ese ejercicio un gozoso juego de escondrijos, una aproximación al arte de la fuga.

*

 Está claro que no soy borgiano o cortaziano o, Dios no lo permita, garcíamarquiano. A la larga, por mucho que quisiera ser otra persona, debo ser yo, y es mejor ser un yo mal que un otro adecuado o certero.

 En rigor, es verdad, quiero ser fuguetiano, aunque eso suena creído o quebrado.

 Uno es lo que es.

 Y si uno puede tener una cierta entidad literaria, why not? Peor sería no tenerla o, como siempre he dicho, tener mucha imaginación y ser capaz de escribir acerca de temas que no me interesan. Aún no he llegado a eso: toda mi lista de planes creativos son temas (novelas, cuentos, pelis, cortos) acerca de personajes y asuntos que me intrigan.

 Lástima.

 Mi mundo es pequeño, por la puta.

 Pero al menos gira.

*

Creo que es un tipo –Alberto Fuguet, o sea yo– que, a estas alturas, me cae relativamente bien. Estoy conforme y espero más. Creo que es un tipo levemente perdido y autista que, más o menos, se encontró y encontró su ruta. Digamos que respondo a lo que produce. Me siento cercano a él y a su obra. Le tengo cierto afecto; lo acepto, a veces me parece entrañable. Me llama la atención que no crezca del todo pero después capto que se dedica todo el día a jugar, a hacer lo que quiere. El huevón es afortunado. Sí, me siento afortunado. Agradecido. Quiero seguir creando. Mi curiosidad es inagotable. Pero nada: no creo que valga la pena atacarme, porque sería pose. Y alabarme sería de mal gusto. Pero lo que más me acomoda de Fuguet –y esto de hablar en tercera persona me complica– es que, después de años, creo que he logrado ser *fuguetiano*, aunque algunos vomiten o les provoque ronchas el adjetivo. Esa ha sido mi meta y ahora las futuras tienen que ver con consolidar ese planeta en el cual vivo y que he, digamos, creado. El planeta que habitan mis personajes.

*

Creo que lo intentaron, sí, pero no lograron la meta de, para decirlo paranoicamente, silenciarme. Yo esperaba ser aceptado, pero no sucedió así. No sé si fue una crisis, pero sí tuvo que ver, creo, con querer desaparecer, ser anónimo, no publicar para que no me jodieran. Por lo tanto, si me callé por unos años antes de *Las películas de mi vida* fue para sobrevivir: dejar de ser mediático, dejar de estar expuesto. Creo que, más que crisis, fue como la resaca McOndo. Me dije: ya que me odian tanto, quizás deba callar. Pero seguí creando y comenzó mi acercamiento al cine. Buena parte de *Cortos* lo hice en ese período de silencio.

*

Al final, todo se trata de narrar. De crear personajes. Eso es todo. Sentí que estaba creando un mundo mío cuando era crítico y lo mismo

sentí cuando estaba filmando un largo o reportando o escribiendo una novela. Lo que deseo es que la suma de todo sea coherente, tenga un perfil y sea, claro, personal, aunque eso implique no ganar premios, no ser respetado, no ser parte del canon.

*

Usar el material, tu material, tu vida, las voces que has tenido, las que has escuchado. ¿Eso es fugarse o quizás es llegar de otro modo?

“Todo en mi vida no había sido sino una perpetua fuga”, escribe Pitol.

Había habido experiencias fantásticas, sí, extraordinarias, de las que jamás podía arrepentirme, pero también un núcleo de angustias que me obligaba a clausurarlas y a buscar otras nuevas... Como Tolstói, puedo solo escribir sobre lo que he vivido. Mis narraciones han sido un cuaderno de bitácora que registra mis movimientos. Un espectro de mis preocupaciones, momentos felices y desafortunados, lecturas, perplejidades y trabajos... estoy convencido que lo vivido tiene que someterse a un proceso discriminatorio. La selección de materiales tiene que coincidir con la aparición de una forma. A partir de ese momento será la forma quien decida el destino de la obra, sin importarle un bledo que el resultado sea o no moderno.

Moderno, sin duda.

“Mis narraciones han sido un cuaderno de bitácora que registra mis movimientos”. Cierto. Registra movimientos: desplazamientos, huidas, tropiezos, arrepentimientos, atrevimientos, descansos. El arte es fuga, sí, pero no tanto para huir de uno, de sus fantasmas, de sus recuerdos, de sus heridas nuevas, de sus trancas pasadas, de sus fantasías y deseos sino por esa necesidad imperiosa de modificar y crear un mundo –un planeta– que sea un poco parecido al de uno para que la vida sea más amable, uno tenga un lugar, uno pueda instalarse y fundar algo y dejar, claro, de huir, de fugarse.

*

Ceder a la tentación...

... a la tentación del fracaso.

De que tu vida sea una... de que la obra, por lo que has apostado, no se disipe.

*

En la FIL, en Guadalajara, en el stand de Planeta, encontré, por fin, lo que andaba buscando por un montón de sitios: desde Santiago a Barcelona, Buenos Aires o Caracas, nunca pude encontrar *La tentación del fracaso*, los diarios de Julio Ramón Ribeyro.

Un diario –sin duda– que tiene algo de blog y podría citar decenas de entradas que me han llamado la atención, con que me he sentido tocado, identificado. Aquí va una:

Todo diario íntimo surge de un agudo sentimiento de culpa. Parece que en él quisiéramos depositar muchas cosas que nos atormentan y cuyo peso se aligera por el solo hecho de confiarlas en un cuaderno. Es una forma de confesión apartada del rito católico, hecha para personas incrédulas.

Nunca he tenido un diario, un cuaderno. ¿Poco sentimiento de culpa? Capaz. Culpa de qué. Libretas, montones, llenas de ideas. Carpetas virtuales con proyectos, también. Pero leer diarios es fascinante. Idea: escribir una novela como si fuera un diario íntimo. O un blog. Pero ya los blogs se fueron. ¿Un blog secreto? ¿Una cuenta de Instagram secreta? Nada: idea para una novela-diario. ¿Quién narra, quién anota?

Más Ribeyro:

“Descubro con sorpresa que el afianzamiento de una relación sentimental, lejos de ordenar mi vida, la desorganiza completamente. Más de veinte días sin ir a La Sorbona, sin leer, estudiar ni escribir. Poseído por C.”. *Mal*.

El diario va de 1950, cuando JRR tenía 21 años, hasta 1978 y suma más de 670 páginas. ¿Aparecerá alguna vez el tomo cuatro, desde el 78 hasta el final?

Una duda: ¿puede un autor ser un autor si solo sumamos o nos fijamos en su obra de no ficción? Sí. ¿Podrían desaparecer todos sus cuentos y

aun así existir como autor de primera línea? Claro que sí. Un autor al final es alguien que escribe con sangre, que tiene voz, al que dan ganas de releer, que existe después que el libro dejó de estar en la vitrina.

La tentación del fracaso (qué título) me parece una obra mayor latinoamericana y, sin haber leído los cuentos, solo las *Prosas apátridas*, me parece un trabajo clave, honesto y adictivo, un libro ideal para aviones y hoteles, además.

*

Debo leer, debo leer, ¿debo leer?

Cuando llegué a la FIL, me fui y circulé, vi dos o tres de estos letreros de la famosa librería Gandhi y pensé: ¿por qué? Quién inventó esa publicidad. Visualmente tiene onda pero parece el castigo al que ha sido sometido un chico: escribiré mil veces DEBO LEER.

¿Uno lee por eso?

¿Uno *debe* leer?

¿Leer es un *deber*?

Creo que, con esa actitud, solo se logra que no se lea.

Siempre lo he pensado: todos los meses debería prohibirse un libro, o debería ser tildado de peligroso o inmoral.

¿El resultado?

Todos lo leerían, incluso aquellos perdidos que pierden tanto que no leen.

*

Al escribir también uno se fuga.

Gracias, Pitol. Gracias a ello he podido armarme una vida en la que no tengo que ser igual a la gente que me rodea.

Como escritor tengo licencia para matar, digamos.

Mi impresión es que hay un cierto grupo de gente que sintoniza con esas pulsaciones, con el fugarse, el encontrarse, el perderse.